

Las “villas miseria”, en clave literaria

Ana Lucía Cervio

En 1957, Bernardo Verbitsky publica la novela *Villa miseria también es América*. A partir de allí, tanto ámbitos de gestión como académicos comenzaron a apropiarse del término “villa miseria” para aludir genéricamente a las urbanizaciones pobres de las ciudades argentinas. La nueva designación enfatizaba el rasgo estructural de estos espacios, en contraste con el carácter transitorio que se desprendía de la denominación “barrios de emergencia” acuñada oficialmente hasta entonces.

Se trata de una novela más bien “austera” en términos de recursos literarios, lo que la acerca más a un reporte periodístico o a una crónica de época. Así, la condición de “denuncia” que asume este relato ficcional es escogida por Verbitsky como un medio para develar aspectos sociales, económicos y políticos que han contribuido al surgimiento y consolidación de estos “barrios de las latas”, unos pocos años antes del golpe de Estado de 1955. En esta línea, a lo largo de la narración puede intuirse cómo el autor percibe a la ciudad desde las tensiones de clases. Las trayectorias particulares (de vida y muerte) de personajes que son “devorados” por la metrópolis cobran sentido en el marco de un contexto de pobreza que no solo “des-ciudadaniza” –negando a estos sujetos derechos básicos como una “vivienda digna” o una jornada laboral más acotada– sino que también “des-humaniza”.

El relato se ubica en Buenos Aires a mediados de la década del '50, inmediatamente antes del derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón. Pone en evidencia las características de los asentamientos precarios que, como consecuencia de un proceso de industrialización intenso y desigual, comienzan a multiplicarse en los contornos de la ciudad, tanto por dentro como en las inmediaciones de la Avenida General Paz.

Dado el crecimiento económico que supuso el proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) que se desplegó durante el peronismo,²⁵ las grandes ciudades argentinas comenzaron a experimentar un creciente proceso de urbanización. De este modo, oleadas de migrantes internos y muchos otros provenientes de países limítrofes arribaron a los centros urbanos en busca de trabajo. Concretamente, los habitantes de estos “caseríos inmundos” o de estas “ciudades enanas” –designaciones utilizadas por Verbitsky para hacer referencia a las miradas externas hegemónicas que en aquellos años

²⁵ De acuerdo con Basualdo (2005, 2006), la segunda etapa del modelo ISI se despliega entre 1958 y 1975. Se caracteriza por la producción de bienes intermedios y de consumo durables, a diferencia de la primera fase del modelo, en el que la industria sustitutiva se limita a la producción de bienes de consumo.

se posaban sobre estos espacios de la pobreza y sus habitantes— eran provincianos (Santa Fe, Santiago del Estero, Entre Ríos, Misiones, Chaco, Salta, Formosa, etc.) e inmigrantes limítrofes (especialmente, paraguayos) que fueron expulsados de sus lugares de origen por la pobreza, el hambre, el desempleo y la persecución política.

A diferencia del estado de situación que se observa en las villas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) hoy,²⁶ 60 años antes los villeros eran, mayormente, trabajadores formales, y muchos de ellos estaban agremiados. El desempleo era más bien la excepción. Esta última afirmación se deriva de varias descripciones presentes en la novela que señalan que solo los feriados o días domingos la villa estaba abarrotada de gente. Entre los personajes más salientes del relato se destaca un enfermero, algunos mecánicos de establecimientos frigoríficos, operarios de fábricas, albañiles, vendedores ambulantes, estibadores y empleadas del servicio doméstico. Asimismo, la narración muestra que los habitantes de las villas de mediados de los '50 eran la segunda generación de trabajadores industriales y/o rurales.

A pesar de la “prosperidad” (real e imaginada) que supone la llegada a la ciudad, los personajes, es decir, los habitantes de “Villa Miseria”, no dejan de vivenciar las desigualdades y distancias que los separan de la gran ciudad (“impoluta”, “digna”, “espléndida”). En tal sentido, así describe el autor la re-acción de Marcelo, un niño de 9 años recién llegado desde del interior del país, cuando arriba a la villa junto a su familia:

Marcelo dormía. Era un chico movedido y lleno de curiosidad, pero el cansancio lo había rendido. En el trayecto último se había descompuesto y vomitado. Había bajado medio

²⁶ De acuerdo con datos relevados por la Encuesta Anual de Hogares (DGEyC-GCBA), en 2011 la tasa de actividad de la población residente en las villas de CABA ascendía al 55%. Particularmente, los niveles de actividad de los jefes de hogar de estas urbanizaciones superaba en 9 puntos porcentuales la registrada en los jefes de hogar que residían por fuera de estos asentamientos (82% contra 73%). La misma fuente muestra que el 31% de la población económicamente activa (PEA) de estos barrios tiene una participación “marginal” en el mercado de trabajo (servicio doméstico, trabajadores por cuenta propia no calificados y asalariados no calificados en empleos asistidos o en actividades de subsistencia); valor 2,5 veces superior al registrado en el resto de la Ciudad en el mismo año (12%). Asimismo, el Observatorio de la Deuda Social (ODSA) de la Universidad Católica Argentina ofrece, entre otros, datos actualizados al tercer trimestre de 2014 sobre la situación laboral en el país. En tal sentido, contabilizando personas que se encuentran en situación de subempleo inestable en el país, el 26.1% habita en villas y asentamientos precarios, al tiempo que el 20% de los argentinos desempleados reside en esta clase de urbanizaciones. En adición, la misma fuente revela que 7 de cada 10 hogares pobres localizados en villas y asentamientos precarios de la Argentina perciben alguna transferencia mensual de ingresos (78.6%) que les posibilita acceder al mercado de bienes para satisfacer necesidades básicas. Si bien estos últimos datos no se restringen exclusivamente a la CABA, son ilustrativos de la situación de marginalidad, informalidad y asistencia que persiste en la actualidad como forma de reproducción de la vida de quienes habitan en villas y asentamientos precarios.

dormido del ómnibus caminando como sonámbulo. Luego, desde allí, en el tren eléctrico, había venido durmiendo con un sueño inquieto, cabeceando a ratos, sobresaltado. No miró ni vio nada en medio de su aturcido sopor. Ni se despertó cuando Paula y Eloísa se acostaron en la misma cama. A la mañana siguiente ya estaba bien. Enseguida salió a explorar el lugar [Villa Miseria]. Una vecina le indicó dónde estaba el baño que necesitaba, una casillita de arpillera deshilachada. Volvió a su vivienda y desde la puerta contempló el amontonamiento de casillas de madera, ranchos y casuchas de lata. Desilusionado, dijo a la madre y a las hermanas, ya despiertas: “¿Y esto es Buenos Aires? (Verbitsky, 1966: 34).

La novela se inicia con la descripción de una “razia” efectuada por la policía durante una noche. Un grupo de hombres es llevado, sin ningún tipo de explicación, a la comisaría. Se les toman los datos personales y, varias horas después, son dejados en libertad. Como una forma de explicar el accionar intempestivo de la policía, entre los detenidos ronda el fantasma del “desalojo”, o del “incendio intencional”, tal como había ocurrido tiempo atrás en un sitio semejante: “Villa Basura”. En efecto, los terrenos sobre los que se erige la villa son privados. El propietario ha iniciado un trámite judicial para expulsar a los “usurpadores” y localizar allí un complejo fabril. Frente a esta situación, algunos vecinos dirimen estrategias colectivas para enfrentar el futuro desalojo, mientras otros solo “sueñan” con salir de allí.

Lo que yo quiero es irme de acá, ¿me entiende? Yo tengo un hijo y –iba a decir: y quiero tener otro, pero solo agregó– y me gustaría verlo en una casa como la gente y jugando, no en el barro, sino en un patio embaldosado, o enladrillado como el patio en que me crié de chica. Usted no tiene por qué saberlo, pero mi marido –miró a Ramos que escuchaba en silencio el diálogo– no debiera olvidarlo. Ya sé que estoy condenada a quedarme aquí y no me hago ilusiones, pero no será por mi gusto ni porque renuncie a mi sueño (Verbitsky, 1966: 174).

En cuanto a las condiciones de habitabilidad que rigen y definen a “Villa Miseria”, como a otros espacios similares de la ciudad de mediados del siglo XX, Verbitsky destaca las siguientes:

- La mayoría de las casas son de madera y lata, siendo relativamente escasas las viviendas de material.

- Las casas no poseen baños internos ni sistema de agua; situación que obliga a utilizar los baños y picos comunitarios ubicados en el centro de la villa.
- Las fuertes lluvias y las posibles inundaciones son una de las más activas amenazas que deben enfrentar los habitantes.
- Se verifican procesos de ayuda mutua para la edificación de las viviendas, para la construcción de otra bomba de agua comunitaria, así como para mantener higienizado el lugar (por ejemplo, la quema de basura).
- Frente a la falta de disponibilidad de viviendas y de espacios vacíos para levantar nuevas “casuchas”, se observan prácticas de solidaridad intrafamiliares, ilustradas en el alojamiento temporario de nuevas familias que arriban a la villa, por lo general a cargo de parientes próximos. Esta situación, suele redundar no solo en un creciente hacinamiento en las viviendas sino también en la tendencia a compartir los escasos recursos económicos que se disponen al interior de las unidades domésticas.
- Respondiendo al déficit habitacional reinante y a las imposibilidades de alquilar otros espacios en la ciudad, en Villa Miseria tiene lugar una situación que podría denominarse “ranchos calientes”, consistente en la permanente ocupación de los pocos sitios habitables disponibles sin que medie tiempo alguno. Por lo general, los habitáculos que se desocupan están destinados a (o esperan el arribo programado de) parientes o conocidos de los habitantes que llevan más años residiendo en el lugar.

Respecto a las relaciones que los habitantes de Villa Miseria mantienen con el “afuera”, éstas se limitan a cuestiones laborales. Con la ciudad de Buenos Aires solo mantienen vínculos ligados a su condición de fuerza de trabajo, quedando prácticamente excluidos lazos referidos al ocio o al consumo de mercancías y experiencias. La excepción la constituyen los niños que salen de la villa para asistir a escuelas cercanas, o las conexiones políticas que para varios protagonistas supone formar parte de algún sindicato o partido político.

En este contexto, los vínculos con la ciudad prácticamente se diluyen, en contraste con los fuertes lazos comunitarios/vecinales que emergen como elemento significativo de las maneras de habitar y ser parte de Villa Miseria. Tal situación se comprende si se la observa a la luz de algunos rasgos que constituyen la “mirada de los otros de la ciudad” sobre los pobladores del barrio en cuestión. En efecto, al decir de Verbitsky, desde “afuera” los habitantes de la villa son etiquetados con el estigma del alcohol, la violencia, la vagancia, la mugre y la falta de moral; rasgos que los convierten en sospechosos y potenciales amenazas para la vida “aséptica” y moralmente aceptada que se desarrolla por fuera de dicho entorno.

Además de habitar en “una inmunda aglomeración de casuchas”, el ser calificados socialmente como “vagos” y “gente de mal vivir”, redundan en el acecho permanente de la amenaza del desalojo. En la práctica de los personajes, esta situación refuerza las tensiones que instala el saberse “usurpadores” de un terreno que no les pertenece y, por tanto, en la sensación de incertidumbre que supone la reproducción de la vida en condiciones de sujeción respecto a otros.

Por su parte, estos barrios “congestionan” la Buenos Aires “renovada”, es decir, esa ciudad con construcciones modernas destinadas exclusivamente a los sectores más acomodados. Incluso, los “barrios miserables” contrastan con las viviendas de alquileres congelados en las que se mantiene la clase media de la época. También se distancian de las vecindades y conventillos que en los años '30 ocuparon trabajadores migrantes provenientes interior, así como de las sencillas casas de ladrillo levantadas por inmigrantes europeos.

En este juego de contrastes y distancias, las aglomeraciones precarias conformadas por estos “excedentes humanos que en torrente iban afluyendo” a la ciudad (Verbitsky, 1966: 43), afeándola, era mejor que no fueran vistas. Aunque su presencia en la Buenos Aires de los años '50 es evidente, (también) es preciso ocultarlas, es decir, invisibilizarlas frente a los ojos que podían detectarlas, incluso, desde lo alto. En esta línea, en uno de los pasajes de la novela el autor narra la construcción de un muro de cemento lo suficientemente alto para ocultar Villa Miseria ante la mirada de quienes habitan los altos edificios de la zona. Lógica de encierro y encapsulamiento de cuerpos pobres que –sin metáforas– seis décadas después persiste como rasgo insoslayable de múltiples ciudades latinoamericanas.

Ahora bien, ¿qué es y cómo se identifica lo miserable en la trama de la novela? En tanto calificativo que da nombre al sitio donde se desarrolla la historia, la “miseria” opera argumentativamente como un denominador común de las maneras en que los personajes habitan la ciudad en general, y el barrio en particular. El barro, las moscas y la basura escenifican el espacio para la reproducción de la vida, torsionados con la humillación y la degradación humana que supone transitar el presente y observar(se) en un futuro que solo puede pintarse con colores repulsivos. En este sentido, uno de los personajes compara el escenario despreciable que devuelve la vida en Villa Miseria con la degradación humana que supuso ser víctima de torturas por razones políticas:

Cuando se encontró en el barrio de las latas admitió que el mundo había sido degradado como lo fuera él mismo por las torturas (...) Pensaba a la gente entre los excrementos que la inundación lanza entre las casillas, en la falta de porvenir para estos chicos, en el destino de esas mujeres que deben ver a sus hijos donde están, y pensaba que la humillación que le

habían causado a él aplicándole la picana a los genitales era la misma que soportaba esa gente diariamente (Verbitsky, 1966: 103-104).

En Villa Miseria se vive entre la basura, las alimañas y el fantasma de las inundaciones. Sin embargo, más allá de forjar su cotidianeidad en ese “enorme pantano” humillante y degradante, un dato significativo es que los habitantes tienen trabajo y el hambre no es un problema.²⁷

De esta forma, la miseria se equipara con la mugre, con las inmundicias, con lo repulsivo de un mundo heterodoxo respecto a las lógicas dominantes. La basura, el hacinamiento, el barro, la inexistencia de casas “decentes”/ “como la gente”, los baños compartidos, la falta de privacidad, y un permanente estado de sujeción respecto a las decisiones y arbitrariedades de otros (los patrones, el dueño del terreno, la policía, etc.) son algunos de los indicadores de lo miserable que forma y llena de contenidos las historias de vidas narradas por el autor.

En tal sentido, la miseria no es sinónimo de desocupación, ni de hambre. Implica y es la resultante de la *degradación ambiental*, de la *des-poseción acumulativa de las capacidades del habitar*, y de un juego entre diferencia-desigualdad (de clase) que pone a los *sujetos a disposición y en condiciones de disponibilidad para otros*, aun cuando se encuentren insertos en el mercado laboral.

Referencias

BASUALDO, D. (2006) *Estudios de historia económica argentina desde mediados de siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: FLACSO-Siglo XXI.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2011) *Encuesta Anual de Hogares 2011*. Ciudad de Buenos Aires. Síntesis metodológica. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

OBSERVATORIO DE LA DEUDA SOCIAL ARGENTINA (2015) *Barómetro de la Deuda Social Argentina. Serie del Bicentenario (2010/2016)/Año V: “Progresos sociales, pobreza estructural y desigualdades existentes: ilusiones y desilusiones en el desarrollo humano y la integración social al quinto año del Bicentenario (2010-2014)”*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina.

VERBITSKY, B. ([1957] 1966) *Villa miseria también es América*. Buenos Aires: Eudeba.

²⁷ “Esta gente que estaba a su alrededor, comía. Vivían en la basura, pero había trabajo y el salario alcanzaba para comer” (Verbitsky, 1966: 105).